

Aire de fantasmas

JESUS J. SILVA-HERZOG MARQUEZ

Retirado en la paz de estos desiertos,
con pocos, pero doctos, libros juntos,
vivo en conversación con los difuntos
y escucho con mis ojos a los muertos
Francisco de Quevedo

En péndulo, el horizonte ideológico de México ha migrado velozmente hasta su opuesto. De pronto la herejía se ha vuelto doctrina. Las intuiciones y experiencias sembradas míticamente por la Revolución Mexicana han sido sustituidas por las fórmulas y experimentos de una nueva ciencia. Nuestro pasado inmediato ha sido, para seguir una fórmula de Ortega y Gasset, una época eliminadora: la razón como escoba del pasado. Francisco Suárez Dávila, insatisfecho con las viejas certidumbres no deja de estar incómodo con las nuevas. Por ello imagina la forma de pinchar los hermetismos y abrir el paso al aire crítico. Evadiendo el *paper* académico o la lineal narración histórica, Suárez conversa con los difuntos y nos hace escuchar a los muertos.

Muertos del cielo y del infierno reflexiona sobre los rumbos de México. Lucas Alamán discute economía con Limantour; Vasconcelos analiza los problemas educativos con José María Luis Mora; Narciso Bassols y Luis Cabrera se oponen al TLC; Zavala, por supuesto, lo defiende; Emilio Rabasa habla de gobernabilidad democrática. Desde las voces de nuestros clásicos, el futuro mexicano no puede dejar de ser polémico. La forma del libro no es por ello irrelevante. Como en los diálogos de Platón, la forma es la sustancia; en el proceso está el conocimiento, en el debate el futuro. Así, la conversación pulveriza recetarios: una trenza de preguntas insatisfechas. Pasado y presente mexicanos aparecen entonces como una olla de ideas, argumentos y percepciones que no terminan de cocinarse nunca.

Más que a los diálogos platónicos, la *Convención en el purgatorio* recuerda el *Diálogo en el infierno entre Maquiavelo y Montesquieu*, de Maurice Joly. ' En esta obra, el autor, un oscuro abogado francés, revive a dos grandes teóricos del poder para enfrentar polos: la legalidad frente a la arbitrariedad, la democracia ante el autoritarismo. Destilando el espíritu de sus protagonistas, Joly enciende y vivifica la polémica: el maquiavelismo ante las posibilidades políticas de la tecnología, el liberalismo vaciado de moral republicana. Parece significativo que, mientras Joly hace que Maquiavelo y Montesquieu se encuentren en el infierno, Francisco Suárez reúne a sus muertos en el purgatorio. Joly no pretende limpiar ni enfriar el infierno. El polemista se propone, precisamente, descarnar las ideas para ver las llamas que brotan de su encononazo. Suárez, en cambio, reúne a sus pensadores en un espacio incoloro. Pretende, de esta manera, crear un espacio de neutralidad para su convención. La decisión otorga al texto un importante valor didáctico pero, al mismo tiempo, deja escapar buena parte de los gases polémicos del proyecto. Cada bloque temático comienza con una exposición histórica del tema que sirve de síntesis para colocar bajo alfileres los principales hechos, datos y actores del asunto a discutir. Sin embargo, el protagonista que expone tal visión deja por un momento su carácter y se convierte en un aséptico profesor de historia.

Con claridad Suárez se adentra en la historia de las ideas económicas y sociales de México y enfrenta sus argumentos, percepciones y valores. A través de sus clásicos desarrolla los pasados que están presentes en nuestro tiempo y deshila el nudo de obviedades que, supuestamente, habitamos. En la riqueza ideológica de la historia mexicana Francisco Suárez ve más que curiosidad intelectual: una vacuna contra los dogmatismos, un entrenamiento cívico, una brújula política. Ideas abiertas, ideas morales, ideas útiles.

La *convención* aparece a tiempo: justo cuando se desvanecen los orgullos de una modernidad hermética. Pero el texto, es importante destacarlo, fue escrito en plena euforia, en medio del sueño primermundista. En momentos en que se tachaba de "hijos del rencor" o "traidores a la patria" a quienes osaban cuestionar el TLC. Francisco Suárez ubica las bondades y peligros de la apertura. Aquel fetiche que encarnaba la nueva mexicanidad se convierte en lo que es: un contrato comercial con obvias repercusiones económicas, políticas y culturales. Así van disolviéndose las cápsulas del dogma. La historia de bronce puesta de cabeza: las estatuas del pasado disuelven el granito del presente. La ficción histórica como ácido de poder.

Búsqueda de filiación, el libro de Suárez quiere ser también un texto edificante. Un manual cívico más generoso que los viejos textos de historia oficial marcados por el maniqueísmo. La *Convención* de Suárez forma parte, en ese sentido, del esfuerzo por reconciliarnos con nuestros pasados. Aquí no hay buenos contra malos: sólo hombres inteligentes que debaten el futuro de México. No hay en estas páginas ningún aire de la intolerancia retroactiva que ha sido nuestra historia oficial. Con gracia, Francisco Suárez pone en boca del diablo el nuevo decálogo patriótico: reconocerás la interdependencia, te integrarás al mercado norteamericano; privatizarás; combatirás la inflación a toda costa; concentrarás la riqueza; hablarás de democracia... Pero ese no es el veredicto del autor ni del lector que, juntos, buscan la nueva síntesis.

El autor parte de la convicción de que el pasado enseña y acompaña; que las vidas son ejemplos. Sin embargo, *Convención en el purgatorio sobre el futuro de México* es más un museo de ideas que una galería de hombres. Su afán didáctico reconstruye el esqueleto de las ideas que han sostenido la conducción política de México. Pero en momentos, el afán sinóptico disuelve la pulpa vital de esas ideas, su intensidad emocional. Como Jorge Cuesta dijo de José Vasconcelos, las ideas de los hombres no son solamente ideas que se piensan, sino ideas que se *viven*: "ideas que aman, que sufren, que gozan, que sienten, que odian y se embriagan." ² Ideas que no son mero producto del intelecto: expresiones vitales, emanaciones fisiológicas. Instinto y cálculo, pasión y razón. Es por ello que pedimos al historiador de las ideas que sea retratista de personalidades o, como dirían los antiguos, de almas.

Entonces el lenguaje lo es todo. Más que la idea importa el acento; el adjetivo tanto como el sustantivo. El tono da cuerpo al razonamiento. Esa es, a mi juicio, la gran limitación de la *Convención* de Suárez. Logramos entender sus argumentos, pero no captamos el sustrato de sus impulsos. Por ejemplo, no puedo imaginarme un Vasconcelos que dijera como burócrata medido: "creo que podemos reconocer que actualmente existen muchos problemas." Lo oigo gritando: "esto es una verdadera porquería." De ninguna manera lo veo defendiendo a la UNAM de hoy y hablando en porcentajes. ¿Volvería a decir, como le dijo a Emmanuel Carballo, que México es un pueblo formado por una inmensa mayoría de cobardes? Imagino un Vasconcelos guerrero, duro, quizá injurioso con algún personaje de la historia política reciente. Un Vasconcelos indignado por la mediocridad, horrorizado por la supervivencia de ese "porfirismo colectivista" que nació aplastándolo. Una pasión capaz de decir la mayor tontería y la verdad más profunda en la misma oración.

De esa manera el libro se desdobra en nuestra cabeza. El diálogo se multiplica: los muertos conversan por la pluma de Suárez y, de inmediato, le rebaten a través de nuestra lectura. El autor nos hace cómplices de esta herética conversación. Entramos en el juego de la imaginación. Pienso así en un Lucas Alamán horrorizado por la integración cultural con Estados Unidos, un hombre que admira la preparación de nuestros tecnócratas pero que, al mismo tiempo, se indigna por su ignorancia de la historia nacional y aborrece la forma en que se expresan. Imagino a José Vasconcelos deslumbrado por las posibilidades de la computación y leyendo en *PC Magazine* sobre la supercarretera de la información. Ese sería el terreno de su nueva cruzada: los clásicos en CD-ROM. Imagino también a Emilio Rabasa siguiendo atentamente el desarrollo del debate sobre presidencialismo, parlamentarismo y estabilidad democrática. ¿Sería un parlamentarista converso? Flores Magón reflexionando sobre el significado de Superbarrio, hablando de intransigencia democrática y comentando los cartones de Naranjo en *Proceso*. Y Justo Sierra citando a Alfonso Reyes —le llamaría "Alfonsito"— para explicar la manera de reinterpretar aquello de "mexicanizar la ciencia y nacionalizar el saber" en tiempos de CNN: ser generosamente universales.

El futuro mexicano en el que se concentran los convencionistas es, sobre todo, futuro económico. Esa es la especialidad y la experiencia del autor. Por ello sus invitaciones se dirigen básicamente a economistas. La economía es el centro de la discusión. Alrededor de ella giran los temas sociales e internacionales. Casi la mitad de los personajes del siglo veinte fueron secretarios o subsecretarios de Hacienda, mientras que solamente uno de ellos fue secretario de Gobernación. Será por eso —o por mis propias preocupaciones— que siento un tanto débil su discusión sobre las cuestiones políticas y, en especial, su tratamiento del debate democrático. No dejó de asombrarme que, en el capítulo sobre la democracia hiciera uso de la palabra ningún demócrata mexicano. La falla es, en cierta medida, producto de la debilidad de la *idea democrática* en la historia mexicana. Sin embargo, creo que algunos de los convencionistas podrían haber hecho un cuestionamiento más de fondo a la estructura del régimen mexicano y a la importancia de un cambio político sustancial. Inexplicablemente, Manuel Gómez Morin —el único demócrata liberal de este siglo que participa en el encuentro del purgatorio—, hace sólo un par de comentarios en la discusión sobre democracia y autoritarismo. Aquí sentimos la ausencia de Daniel Cosío Villegas o Jesús Reyes Heróles. El debate se centra en la exposición de Emilio Rabasa y los comentarios marginales de Bulnes, Portes Gil, Alamán y Narciso Bassols. Difícilmente pueden extraerse conclusiones democráticas si se considera que esos son nuestros referentes.

El libro de Francisco Suárez es, ante todo, el texto de una resistencia. Una toma de conciencia frente al dogmatismo que, aunque se vista de sabio, es siempre ignorante y, sobre todo, excluyente. Se trata de la reflexión pública de un servidor público que pertenece a la gran tradición del pragmatismo mexicano. Ese pragmatismo parte hoy del reconocimiento de la técnica como herramienta indispensable para resolver los grandes problemas nacionales. Pero, al mismo tiempo, rechaza su culto. El gran peligro, decía Alfonso Reyes: teocracia vestida de tecnocracia. La receta-sin receta de Suárez parece ser, entonces, una técnica subordinada a un criterio social, a una visión histórica, a un proyecto político. Saber sumar, pero saber otras cosas.

Francisco Suárez, hoy convertido en promotor principalísimo de la dignificación del Congreso, responde así: ante el dogma, los fantasmas. Frente a las fórmulas, ideas.

Muchnik Editores, México, 1976.

En Louis Panabiére. *Itinerario de una disidencia, Jorge Cuesta (1903-1942)*, México, FCE, 1983, p. 209.

Francisco Suárez Dávila, *Convención en el purgatorio sobre el futuro de México*, Cal y Arena, México, 1994, 492 pp.